

madre mía! ¿quién pudiera ahora encerrarse en ese vientre, do me trajistes, por no me apartar de vos en tiempo de tanto peligro?» El padre dice á los niños: «¡Ay hijos míos, salidos de mis lomos, para qué me apartan de vosotros, que sois mis hijos, á quien yo amo tanto, y me llevan á ver moros, que no los querria ver más que á todos los diablos! Empero cuanto oír esto es dolor y pena, es grande contento ver cuando estos rebatos se ofrecen de noche, salir el capitán de la ciudad (digo el que está señalado para quedar con cierto número de gente en guarda de la ciudad, cuando las otras compañías bajan al puerto), con el cual solo creo quedaria la ciudad muy segura, porque allende de ser hombre de ochenta años arriba, cuyo ánimo, vigor y fuerzas no pueden dejar de estar muy vivas con el calor de la sangre nueva, saca tan bien armada y aderezada su persona, que la espada Durindana de Roland, ni aún la Balisarda, que cortaba las armas encantadas, no pasaria las suyas. Porque en la cabeza saca una celada de paño azul con su haberon muy baboso, que algunos llaman papahigo, y debajo su bonetillo colorado, y un tocadorcillo de tres varas de lienzo con una caperuza jaen, y encima un sombrero encasquetado, que no le llegarán al casco lanzas del cielo que cayan; saca dos pajes de armas á los lados, uno de espada, que le ata y desata la agujeta de la martingala cuando es menester, y otro de lanza, que á cada paso le pone el orinal en la mano, porque con la alteracion de los rebatos cada momento ha menester poner la lanza en cuja.

El alferez es muy conforme al capitán; saca un abanderado, porque él harto tiene que llevar, y sustentarlo con ambas manos el peso de una arroba de potra que delante le cuelga.

Los soldados de esta compañía son conformes al caudillo, y escogidos de propósito para que las mujeres queden seguras de estupro y fuerzas, y libres de los rayos de sus ojos, aunque no de los del ojo de cualquiera de ellos. Son los soldados de todo este ejército tan bravos, que si cualquiera de ellos se halla encima de una cuba, la beberá la sangre de mejor gana que Tomiris bebió la sangre de Ciro, y los numantinos la sangre de los romanos. Es gran contento verlos arremeter (digo á las tabernas), y es gran gusto verlos retirar (digo hácia sus casas) en descuidándose el capitán y cabos de escuadras. Un día de alarde es cosa de ver la brava competencia que hay entre los capitanes sobre la avanguardia y retaguardia; y el día que se ordenan para cosa de veras, todo el ejército querria ser escuadron, y que su avanguardia fuese todo el Océano, y en su retaguardia los Alpes y Pirineos con el monte Olimpo encima.

Después que los moros acuden á estas partes, hay muchos que tratando de lo que seria de los vecinos si viniesen á esta isla, se les va la lengua á la ley que piensan guardar en este cuento, y dicen alzando las manos al cielo: *Alá xadibor* (1). Otros dicen:

(1) *Allah adillim* (Dios solo es sabedor), expresion muy frecuente entre los árabes. Los moriscos aljamiados pronunciaban *xadibor*.

*Gracias al Dios de Abraham, que puso sinagogas y juderías en Berbería.*

Andan en este ejército más diferencias de bandas, que de ritos y setas entre los herejes é infieles; porque aquí tenemos las bandas rojas de España, las blancas de Francia, las azules de Normandía, las negras de Bretaña y las amarillas de Alemania, y otras de diversos colores y diferentes naciones. De manera que ninguna nacion de gente enemiga podria aquí venir que no hallase contrarios con quien pelear y amigos que le ayudasen. Armas hay muchas; y ¿qué tales? Picas, pero pocas, y éstas mejor para picar bueyes que para traspasar turcos. Espadas, no como la Tizona del Cid, empero como negros tizonas. No han menester alabardas, que albardas se son ellos; ni partesanas más que sus dientes, que parten lo sano para sí mejor que cuantos partidores de herencias hay. Arcabuces muchos y bien aderezados de todas municiones; para diez hay un frasco y para ciento un murrón (2). No se usan en esta guerra arneses de piezas dobles, porque no se han de esperar golpes que hayan menester tanta resistencia, y para su manera de pelear esles grande impedimento el ir encambrados, porque pelean huyendo por los riscos más que cabras. Ni usan arneses de seguir, pero tráenlos de seguidos, que es morrion de grana, redondo y sin cresta, gola, peto, espaldar, brazales, guarda-brazos y quijotes de lienzo; gocetes de lana, manos sin mandiletes, piernas sin grevas ni calzas, piés sin escarpes ni zapatos; con las cuales armas pelean tan bien, que ni los enemigos les ven los pechos, ni les pueden dar palmada en las espaldas. Tampoco usan coseletes de infantes, porque dicen que no son armas suyas, pues no son hijos de rey, ni usan otros cuerpos de armas, y aún cuerpos de almas hay muy pocos entre ellos; ni aún almillas no usan si no son de grana. Muchos se infunden el alma de Baco, y éstos van los más animosos entre tanto que les duran estos espíritus vitales, y acabados estos humos quedan como cuerpos desangrados. Usan rodela bravísima de pintura: unas con sierpes que espantan; otras con san Jorge que pasa al dragon con la lanza; otras con Santiago derribando moros con su caballo y espada, y otras con san Miguel que tiene el diablo á sus piés vencido; y con otras pinturas tan terribles, que si los enemigos lo consideran bien todo, temerán mucho ménos lo vivo que lo pintado. No cabalgan en caballos de la raza de Nápoles ni de los campos de Jerez, ni hacen potros de Alcaraz; de otras castas los tienen; y aunque aquí hay muy pocos, son

(2) Así en el códice; pero debe ser error del copiante por «morrion», que era el casco usado por los mosqueteros y demas gente de á pié. «Las armas del arcabucero y del mosquetero (dice Mendez en su *Arte Militar*, 1612) son todas ofensivas y ninguna defensiva, puesto que no traen más que el arcabuz ó mosquete, y las cosas que le pertenecen, como son horquilla, balas, pólvora, cuerda ó mecha, frasco, polvorera, portafrasco y bolsa para las balas, además de espada y daga. Defensiva no lleva ninguna, á no ser el *morrion*, que le defiende y guarda la cabeza.» Otro tanto viene á decir Pistofilo en su *Opiomachia ó sea Discursos de la Pica, de la Alabarda y del Mosquete*; Siena, 1621, en 4.º

muy buenos caballos, todos de ambas sillas (digo de silla y albarda), recios de lomos, que traen leña del monte, como las acémilas de Sosa que sirven en la cocina real, tan mansos y humildes, que someten la cerviz á la collera y arado con toda mansedumbre, humildad é instinto. Son revueltos en gran manera, porque la mayor parte del tiempo los traen á los tornos al rededor de las atahonas, y así como andan seguidos y hechos al trabajo, son aptos para cualquier acto militar. Corren como sapos por aradas: paran muchos de ellos sin ser llamados; otros son tan sordos de boca, que aunque les hagan pedazos los dientes, no oyen las alabadas del freno. Muchos de ellos parten contra Oriente y paran hácia el Mediodía; otros salen del Septentrion y van á dar al Poniente.

De los caballeros, pues, ¿qué hay que decir sino que son diestrisimos en el juego de la lanza y adarga, sino que como entre cada dos piernas de caballero va un animal de cuatro piés, tan grande y feroz como es el caballo, y los dos piés van encajados en dos estriberas como en dos bretes, ligados y encerrados los tobillos y carcañales con las espuelas y acicates; el peso de la espada sobre el muslo, la adarga sobre el brazo izquierdo, la rienda en la mano zurda, la lanza en la derecha; ¿cuál diablo se ha de menear y revolver en la silla, ni jugar la lanza y adarga? Si la lanza del moro viene por detras bibrando el hierro como lengua de culebra, perdona la señora espalda del jinete, que la adarga ni sabe ni puede cubrir el cuarto trasero. Pues si viene el golpe sobre el lado de la lanza, allí es el sudar y el temblar y perlesía de todo el lado derecho; porque cualquiera de estas adargas es de cuento, y parece de encaje, como tablachina de húngaro, que no hay menearla de sobre el lado siniestro, porque así se le manda el corazon, que está delante de él y le ampara, y todo lo demas del cuerpo se valga por sí.

Caballos ligeros no se usan en esta guerra, porque se congojan debajo de una celada engolada ó borgofiona; ni saben llevar la lanza en cuja, que parece lanza coja, ni ponerla en el ristre, que parece que ponen una ristra de ajos; ni se quieren obligar á llevar espada y daga en la cinta, y estoque y hacha colgando del arzon, que dicen que parecerian tiendas de espaderos. Ni aún se atreven á cabalgar á la brida, aunque los aceros de las sillas les lleguen á las barbas y colodrillos, y las borrenas les ciñan los muslos y se les cierran como llaves; porque dicen, y muy bien, que de qué sirve llegar el arzon delantero á la barba, si el hombre de armas no es de barba, ni el arzon trasero al cerebro, si el cerebro está vacío; y que de qué efecto serán las borrenas, si los muslos que han de ceñir son de borra.

Una fortaleza hay sobre el puerto, que si no hay más fortaleza en los pechos de la gente de la isla, en breve rato ella mostrará la poca que en sí tiene. Tratose en días pasados de hacerle una barbaca, y muchos lo contradijeron, diciendo que no eran menester viejos con barbas canas para defender la fortaleza, sino buena gente, moza y recia. Tratose

también de hacer una fortificación delante de ella á manera de trinchea de céspedes, y muchos lo contradijeron, diciendo que qué resistencia habian de hacer los céspedes; pues el fuerte Céspedes no se pudo defender de los morillos de Granada. Tiene la fortaleza buena artillería, aunque poca; tiene para esta artillería muy buen conde-establo y artilleros, y tales, que les acaece asestar de puntería la pieza á una montaña que está á trescientos pasos, y no acertar la bala en todas las montañas. Está bien apercebida la fortaleza de todas armas y municiones; porque demas de las piezas gruesas hay ciertos arcabuces sin llaves, ciertas picas sin hierros, ciertas espadas mohosas, algunos paveses del buen tiempo; pólvora mucha, más de tres quintales y medio; mucha ropa para el vestido de los soldados; bastimentos á hartura; mucho bizecho, mucho trigo, centeno, cebada, mucho vino, vinagre, sal, muchas cecinas, pescados ceciales y quesos, muchas legumbres de garbanzo, lenteja, haba; mucha leña y carbon, atahonas, molinillos, hornos, y una grande cisterna, aunque sin gota de agua; y tan llena está la fortaleza de todo lo demas, en tanto que podria diez años estar sitiada como Troya, sin que la tomen más por hambre el día postrero que el primero.

Pues en la vela de ella no hay descuidar, que en los tiempos necesarios no hay día que el general no mande ir más de veinte soldados, y que no vayan por lo ménos más de dos ó tres; y éstos de los que convienen, no gente holgada y briosa, que no quieren meter en la fortaleza más pólvora (que harto poca se tiene ella), sino gente amortiguada y cansada de cavar y arar y trabajar en el campo todo el día; que duerma y calle y no ponga la fortaleza y alcaide en rebato. De esta manera nos velamos en esta isla; de esta manera nos guardamos y apercebimos contra cualesquier enemigos que vengan. Y prometo á vuestra merced que está la gente tan animosa, que tengo para mí que por muchos enemigos que salten en tierra, han de matar muy pocos de los de este ejército; del cual no sé si me queda más que decir para que vmd. entienda su cualidad y suerte. Lo que á la pluma ha faltado, supla el buen entendimiento y larga experiencia de vmd., cuya persona y estado nuestro Señor, etc. Fecha en 10 de Noviembre de 1568 años.

### III.

Carta escrita al licenciado Miranda de Ron, particular amigo del autor, en que se pinta un navio, y la vida y ejercicios de los oficiales y marineros de él, y cómo lo pasan los que hacen viajes por la mar.

(Es útil para la noticia del lenguaje marino.)

*Qui navigant mare, enarrant pericula ejus.* Los que navegan podrán contar los peligros del mar, dice el que mejor lo sabe. Y así, como hombre que por mis pecados he navegado, quise contar á vmd. los trabajos de mi navegacion, aunque (á Dios gracias) fueron sin ímpetu de mar ni cosarios.

Hallándome sin provision en la isla de Tenerife,

traté de fletar navío para esta isla Española (1), y fleté no por poco dinero uno llamado *Nuestra Señora de los Remedios*, de harto mejor nombre que obras, cuyo maestre me afirmó ser el navío capaz, velero y marinero, estanco de quilla y costado, bien enjarcado y marinado. Y llegado el día que nos hubimos de hacer á la vela, y la hora de nuestra embarcacion, que fué ántes del mediodía, lunes 19 de Julio, doña Catalina (2) y yo, con nuestra familia, nos llegamos á la orilla de la laguna Stigia, donde arribó Charon con su barquilla, y nos llevó á bordo del navío que nos habia de recibir, y no dejó en él. Y allí por gran regalo nos metieron en una camarilla que tenía tres palmas de alto y cinco de cuadro, donde en entrando la fuerza del mar, hizo tanta violencia en nuestros estómagos y cabezas, que padres é hijos, viejos y mozos quedamos de color de difuntos, y comenzamos á dar el alma (que eso es el almadiar), y á decir *baac, baac*; y tras esto *bor, bor, bor, bor*; y juntamente lanzar por la boca todo lo que por ella habia entrado aquel día y el precedente, y á las vueltas, unos fría y pegajosa flema, otros ardiente y amarga cólera, y algunos terrestre y pesada melancolía. De esta manera pasamos sin ver sol ni luna; ni abrimos los ojos, ni nos desnudamos de cómo entramos, ni mudamos lugar, hasta el tercero día, que estando yo en aquella oscuridad y temor, oí una voz que dijo: «Bendita sea la luz y la santa Veracruz, y el Señor de la verdad, y la santa Trinidad; bendita sea el alma, y el Señor que nos la manda; bendito sea el día, y el Señor que nos le envía.» Y luégo esta voz dijo las oraciones *Pater Noster* y *Ave María*, y tras esto dijo: «Amén. Dios nos dé buenos días, buen viaje; buen pasaje haga la nao, señor capitán y maestre y buena compañía, amén: así faza buen viaje, faza; muy buenos días dé Dios á vuestras mercedes, señores, de popa á proa.» Que como yo oí esto, consolado con tales palabras, dije á mi mujer: «Señora, aunque sospecho que estamos en casa del diablo, he oído palabras de Dios. Quiérome levantar y salir á ver qué es esto, y ver si nos vamos ó si nos llevan»; y así me alifíe lo mejor que pude, y salí del buche de la ballena ó camareta en que estábamos, y vi que corriamos en uno, que algunos llaman caballo de palo, y otros rocin de madera, y otros pájaro puerco; aunque yo le llamo pueblo y ciudad, mas no la de Dios que describió el glorioso Agustino. Porque no vi en ella templo sagrado, ni casa de justicia, ni á los moradores se dice misa, ni los habitantes viven sujetos á la ley de razón. Es un pueblo prolongado, agudo y afilado por delante, y más ancho por detrás, á manera de cepa de puente; tiene sus calles, plazas y habitaciones; está cercado de sus amударas; al un cabo tiene castillo de proa con más de diez mil caballeros en cada cuartel; al otro, su alcázar tan fuerte y bien cimentado, que un poco de viento le arrancará las

(1) La de Santo Domingo, adonde pasó con plaza de oidor en 1573.

(2) Doña Catalina Carrillo, su esposa, con quien casó en 1557.

raíces de cuajo, y os le volverá los cimientos al cielo, y los tejados al profundo. Tiene su artillería y su conde-estable que la gobierna; tiene mesas de guarnicion; no falta en este pueblo un trinquete, ni un joanete, ni un borriquete, papahigo, boneta ni barrendera. Tiene un molinete que con su furia mueve á los marineros, y con su ruido á los pasajeros; una fuente ó dos que se llaman bombas, cuya agua, ni la lengua ni el paladar la querría gustar, ni las narices oler, ni áun los ojos ver, porque sale espumeando como infierno, y hediendo como el diablo. Hay aposentos tan cerrados, oscuros y olorosos, que parecen bóvedas ó carneros de difuntos. Tienen estos aposentos las puertas en el suelo, que se llaman escotillas y escotillones; porque los que por ellos entran escotan bien el contento, alivio y buen olor que han recibido en los aposentos de la tierra; y porque como los aposentos parecen senos de infierno (si no lo son), es cosa cuadrante que las puertas y entradas estén en el suelo, de manera que se entren hundiendo los que allá entraren. Hay tantas redes de jarcias y cuerdas á la una y la otra banda, que los hombres allí dentro parecen pollos y capones que se llevan á vender en gallineros de red y esparto.

Hay árboles en esta ciudad, no de los que sudan saludables gomas y licores aromáticos, sino de los que corren contino puerca pez y hediendo sebo. Tambien hay rios caudales, no de dulces, corrientes aguas cristalinas, sino de espesísima suciedad; no llenos de granos de oro como el Cibao y el Tajo, sino de granos de aljófar más que comun, de granados piojos, y tan grandes, que algunos se almadian y vomitan pedazos de carne de grumetes.

El terreno de este lugar es de tal cualidad que cuando llueve está tieso, y cuando los soles son mayores, se enternecen los lodos y se os pegan los piés al suelo, que apénas los podréis levantar. De las cercas adentro tiene grandísima copia de volateria de cucarachas, que allí llaman curianas, y grande abundancia de montería de ratones, que muchos de ellos se aculan y resisten á los monteros como jabalíes. La luz y la aguja de esta ciudad se encierra de noche en la bitácora, que es una caja muy semejante á éstas en que se suelen meter y encubrir los servicios de respeto, que están en recámaras de señores. Es esta ciudad triste y oscura; por defuera negra, por dentro negrísima: suelos negrales, paredes negrunas, habitadores negrazos y oficiales negretes; y en resolución es tal que desde el bauprés á la contramesana, de la roda al codaste, de los escobenes á la lemera, del espolon al leme, de los estantes de babor hasta los masteleros de estribor, y del un bordo al otro, no hay en ella cosa que buena sea ni bien parezca; mas, en fin, es un mal necesario como la mujer.

Hay en este pueblo universidad de gente y poblacion donde tienen sus oficios y dignidades por sus grados y hierarquías, aunque no de ángeles. Porque el piloto tiene á su cargo el gobierno de ella, como el lugarteniente del viento, que es el gobernador

propietario. El capitán la defensa, y ya que este capitán no es el Roldán, tiene la ciudad dentro muchas roldanas, bravos bigotes y áun vigotas. El maestre, la guarda de las haciendas; el contra-maestre, el arrumar y desarrumar; los marineros, marinar la nave; los mozos y grumetes, ayudar á los marineros; los pajes, servir á marineros y grumetes, barrer y fregar, y decir las oraciones y velar la ciudad. El guardian no es de frailes franciscos, sino que guarda el batel, y tiene cuenta con guardar lo que hurta á los pasajeros y hacer traer agua; el despensero, la guarda del bastimento, y el calafate es el ingeniero que la fortifica y cierra los portillos por donde podria entrar el enemigo. Hay en este pueblo un barberi-médico para raer los testuces de los marineros, y sacarles la sangre si menester fuere. Y, en fin, los vecinos de esta ciudad no tienen más amistad, fe, ni caridad que los bijagos, cuando se encuentran en la mar.

Miré al piloto, teniente del viento, y vile con grande autoridad sentado en su tribunal é cadira de palo, que se debió comprar en almoneda de barbero, y de allí, hecho un Neptuno, pretende mandar al mar y á sus ondas, y á las veces sacude el mar con una rabeada, que si no se asiese bien á los arzones de la silla, iria á sorber tragos del agua salada. De allí gobierna y manda, y todos hacen su mandado, y le sirven tan bien que despues de «Lanzarote, cuando de Bretaña vino», yo no he visto caballero tan bien servido, ni he visto bellacos que tan bien sirvan y tan bien merezcan sus soldadas como estos marineros. Porque si el piloto dice ¿ah de proa? veréislos al momento venir ante él saltando como demonios conjurados, y están los ojos en él puestos, y las bocas abiertas, esperando su mandado; y él con grande autoridad manda al que gobierna, y dice: botá; no boteis; arriba, no guifeis; goberná la ueste cuarta al sueste; cargá sobre el pinzote, que no quebrará el grajao; botá delo. Luégo lo ha con los otros marineros, y dice: guindá (1) el joanete; amainá el borriquete; izá el trinquete; no le amureis al botaló; enmará un poco la cebadera; levá el papahigo; empalomadle la boneta; entren esas badasas aprisa por esos ollaos; desencapillá la mesana; agoladla á la verga con los penicoos; tomá las fustagas; untá la pasteca; ligá la tricia al guindaste; tirá de los escotines de gabia; suban dos á los penoles; ayuden á las tricias, que corran por los motones; sustentá con los amantillos; untá los vertellos, correrán las liebres; via de las trozas; abrazará el racamento al mástil; así de la relinga de la vela mayor; dejad las cajetas; tomad aquel puño; hala la escota; dad vuelta al escaldrame; haced un pajaril á jilovento; atesá con la bolitia; ayudaos del verdago; levá el gratil por aquel medio; alzá aquel briol; haced un palanquin; tirá aquella braza; dad vuelta; amarrá aquellas burdas; dejad las chafaldetas; tesá los estayes; meté aquel cazonete, que se sale aquella veta; tocad la

(1) Guindá, amainá, etc., están por guindad, amainad.

bomba; meté bien el zuncho; juegue el guimbaete para que la bomba achique; escombrá esa dala; zafá los embornales. Y cuando el piloto provee estas cosas, es de ver la diligencia y presteza de los marineros en la ejecucion de ellas; porque en el instante veréis unos en los baos de la gabia; otros subiendo por los afechates asiéndose á los obenques; otros caballeros en las antenas; otros abrazados con el calcés; otros con los masteleos; otros pegados con la carlinga, asidos á los tamboretos, otros asidos de las escotas halando y cazando; y otros trepando y cajándose de una á otra parte por las otras jarcias; unos altos y otros bajos, que parecen gatos pauses por los árboles, ó espíritus de los que cayeron del cielo y se quedaron en el aire.

Pues al tiempo de guindar las velas, es cosa de oír zalomar á los marineros que trabajan, y las izan cantando, y á compas del canto, como las sumbas cuando pelean; y comienza á cantar el mayoral de ellos, que por la mayor parte suelen éstos ser levantiscos, y dice: bu iza—o Dio—ayuta noi—o que como—servi soy—o voleamo—ben servir—o la fede—mantenir—o la fede—de cristiano—o malmeta—lo pagano—sconfondi—y sarrahin—torchi y mori gran mastin—o fillioli—dabrahin—o non credono—que ben sia—o non credono—la fe santa—en la santa fe di Roma—o di Roma—está el perdon—o san Pedro—gran varon—o san Pablo—son compañon—o que ruegue—á Dio por nos—o por nosotros—navegantes—en este mundo—somos tantes—o ponente—digo levante—o levante—se leva el sol—o ponente—resplandor—fantineta—viva lli amor—o jóvel home—gauditor. A cada versillo de éstos que dice el mayoral, responden todos los otros o o, y tiran de las fustagas para que suba la vela.

Estaba embelesado mirando esta ciudad y los ejercicios de la gente de ella, y maravillado de oír la lengua marina ó malina; la cual yo no entendia más que el bambaló de los bramenes. Y aunque la lengua es malina, y vmd. malino, no sé si habrá entendido todos los términos y vocablos que he referido; si algunos se le fueren de vuelo, búsquelos en el vocabulario del Antonio, y de los que allí no halláre pida interpretacion á los marineros de la villa de Illéscas, donde se ejercita mucho esta lengua; y no me la pida á mí, que en aprender las voces, acentos y vocablos de este confuso lenguaje sin entender las significaciones, pienso que he hecho más que diez tordos ni veinte papagayos. Harto es que haya yo aprovechado tanto en esta lengua, en cuarenta días, como el estudiante de Lueches, en cuatro años que estudió la lengua latina en la universidad de Alcalá de Henares, que yendo á iniciarse ú ordenarse de prima torsura, le preguntó el Arzobispo de Toledo: «Qué quiere decir *Dominus vobiscum?*», y él respondió, construyendo la oracion: «do, yo doy; minus, ménos; *vobiscum* á los bobos.» Así hago yo (dijo el Arzobispo); idos á estudiar, que cuando hayais bien acabado de aprender la gramática que ignorais, se os iniciará la corona que pedis.» Y con esto le despidió sin darle tijerada en

la cabeza. Y no es de maravillar que yo sepa algo en esta lengua, porque me he procurado ejercitar mucho en ella, tanto que en todo lo que hablo se me va allá la mía. Y así para pedir la taza, muchas veces digo: *larga la escota*. Cuando pido alguna caja de conserva, digo: *saca la cebadera*. Si pido una servilleta, digo: *daca el pañol*. Si llego al fogon, digo: *bien hierven las ollas*. Si quiero comer ó cenar en forma, digo: *pon la mesana*. Cuando algun marinero trastorna mucho el jarro, le digo: *¡oh! cómo achicáis*. Cuando otro tira un cuesco (que pasa muchas veces), digo: *ah de popa*. Así que ya no es en mi mano dejar de hablar esta lengua.

Estúveme mirando al gobernador cómo proveía, y á los marineros cómo ejecutaban, hasta que viendo el sol ya empinado, vi salir dos de los dichos pajes debajo de cubierta con cierto envoltorio que ellos dijeron ser manteles, y tendieronlos en el combés del navío, tan limpios y blancos y bien damascados, que parecían pieza de fustan pardo deslabado. Luégo hincharon la mesa de unos montoncicos de bizcocho deshecho, tan blanco y limpio, que los manteles con ellos parecían tierra de pan llevar llena de montoncicos de estiércol. Tras esto pusieron tres ó cuatro platos grandes, de palo, en la mesa, llenos de caña de vaca sin tutanos, vestidos de algunos nervios mal cocidos; que estos platos llaman saleres, y por eso no ponen salero. Y estando la mesa así bastecida, dijo el un paje en voz alta: «tabla, tabla, señor capitán y maestro, y buena compañía. Viva, viva el Rey de Castilla por mar y por tierra! quien le diere guerra que le corten la cabeza, quien no dijere amén que no le den á beber. Tabla en buen hora; quien no viniere que no coma.» En un santiamen salen diciendo amén toda la gente marina, y se sientan en el suelo á la mesa, dando la cabecera al contramaestre, el lado derecho al conde-estable. Uno echa las piernas atras, otro los piés adelante; cuál se sienta en cuclillas, y cuál recostado y de otras muchas maneras. Y sin esperar bendición, sacan los caballeros de la tabla redonda sus cuchillos ó gañavetes de diversas hechuras, que algunos se hicieron para matar puercos, otros para desollar borregos, otros para cortar bolsas, y cogen entre manos los pobres huesos, y así los van desforneciendo de sus nervios y cuerdas, como si toda su vida hubiesen andado á la práctica de la anatomía en Guadalupe ó en Valencia; y en un credo los dejan más tersos y limpios que el marfil. Log viénes y vigiliás comen sus habas guisadas con agua y sal. Las fiestas recias comen su abadejo. Anda un paje con la galleta del brebaje en la mano, y con su taza dándoles de beber, harto ménos y peor vino, y más bautizado que ellos querrian. Y así comiendo el ante por pos, y el pos por ante, y el medio por todos, concluyen su comida sin quedar conclusa su hambre.

A este mismo tiempo comen en mesa aparte el capitán, maestro, piloto y escribano de la nao; y á

la misma hora todos los pasajeros, y comimos yo y mi familia. Porque en esta ciudad es menester que guiseis y comais á la misma hora de vuestros vecinos; porque si no, no hallaréis lumbre ni rayo de amor en el fogon. Por manera que yo, que tengo fastidio, he de comer y cenar á la hora del que tiene hambre canina, ó comer frio y puesto del lodo, y cenará oscuras. Es de ver á esta sazón el fogon, que algunos llaman la isleta de las ollas, qué de garabatos de curtidores andan en él; ver tantas comidas diversas á un tiempo, tantas mesas y tantos comedores.— Uno dice: «¡Oh, quién tuviera un racimo de uvas albillas de Guadalajara!» Otro: «¡Oh, quién hallara aquí un plato de guindas de Illescas!» Otro: «Comiera yo ahora unos nabos de Somo-sierra.» Otro: «Yo, una escarola y una penca de cardo de Medina del Campo.» Y así todos están regoldando deseos y descaliños de cosas inalcanzables del puesto donde ellos se hallan. Pues pedí de beber en medio de la mar; moriréis de sed, y os darán el agua por onzas como en la botica, despues de hartó de cecinas y cosas saladas; que la señora mar no sufre, ni conserva carnes ni pescados que no vistan su sal. Y así todo lo más que se come es corrompido y hediondo, como el mabonto de los negros zapas. Y aún con el agua es menester perder los sentidos del gusto y olfato y vista para beberla y no sentirla. De esta manera se come y se bebe en esta agradable ciudad. Pues si en el comer y beber hay este regalo, en lo demas ¿cuál será? Hombres, mujeres, mozos y viejos, sucios y limpios, todos van hechos una mololoa y mazamorra, pegados unos con otros; y así junto á unos uno regüelda, otro vomita, otro suelta los vientos, otro descarga las tripas, vos almorzais, y no se puede decir á ninguno que usa de mala crianza, porque las ordenanzas de esta ciudad lo permiten todo. Poneros-heis de piés en el suelo de esta ciudad, entrará un golpe de mar á visitarlos, y besároslos-ha de manera que os deje los zapatos ó botas blancas más que nieve de su saliva espumosa, y quemadas con la fortaleza de su sal. Quereis-os pasear por hacer algun ejercicio, es necesario que dos grumetes os lleven de brazo, como novia de aldea; si no, daréis con vos y con vuestra cabeza bien léjos de las almohadas de vuestro lecho. Pues si quereis proveeros, provéalo Vargas; es menester colgaros á la mar como castillo de grumete, y hacer cedebones al sol y á sus doce sinos, á la luna y á los demas planetas, y empezáros á todos, asiros bien á las crines del caballo de palo, so pena que, si soltais, os derribará de manera que no cabalguéis más en él; y es tal el asiento que ayuda muchas vegadas chega a merda á o ollo de o cu, y de miedo de caer en la mar se retira y vuelve adentro como cabeza de tortuga, de manera que es menester sacarla arrastrando á poder de calas y ayudas.

La música que se oye es de los vientos que vienen gimiendo, y del mar y sus olas que llegan al navío bramando.

Si hay mujeres (que no se hace pueblo sin ellas), ¡oh qué gritos con cada vaiven del navío! ¡ay madre

mia! y, échenme en tierra; y están mil leguas de ella. Si llueve y vienen aguaceros, buenos tejados y portales hay, donde se ampare la gente del agua; y si hace sol que derrite los masteles, buenos aposentos y palacios frescos para resistirle; buena loja y obleas para refrescarse. Pues si os toma una calma en medio del mar, cuando el matalotaje se os acaba, cuando no hay agua que beber, aquí es el consuelo; el navío arfando noche y día, vuélvese-os á revolver el estómago que estaba quieto, á subir á la cabeza los humos que estaban asentados, y veis-os á Dios misericordia, hasta que, ella mediante, vuelve á soplar el viento. A tiempos van las velas encampanadas y hinchadas, que es contento verlas; y á tiempos toman por avante y azotan aquellos masteles, y más á nosotros; porque anda el navío casi nada. Pues si el piloto es poco cursado en la carrera, que no sabe cuándo se ha de dar resguardo á la tierra, y enmararse para huir las bajas, las restringas y otros peligros, pensaréis que vais por mar alta, y en un tris os hallaréis en seco, y luégo mojadós, y luégo os hallarán ahogados. Pues si el navío es un poco zorrero como el que nos llevaba, que aunque tenía viento á fil de roda, apenas se meneaba, ¡oh qué largo es el viaje! Los compañeros cada hora se ponian á la corda pairando, y aún era menester llevarle á jorro, que no bastaba llevarle remolcando; cuando habia bonanza para ello, iba peñejando, que cada día nos almadiábamos de nuevo en habiendo un poquito de tiempo.

De día todo es negrura y de noche tinieblas en esta ciudad, aunque á prima noche despues de la cena, á la cual llama el pregon como á la comida, se acuerda del pueblo de Dios por la voz del paje que trae la lumbre á la bitácora diciendo: «Amén, y Dios nos dé buenas noches; buen viaje, buen pasaje haga la nao, señor capitán y maestro y buena compañía.» Despues salen dos pajes y dicen la doctrina cristiana y las oraciones, Pater Noster, Ave María, Credo, Salve Regina. Luégo éntranse los pajes á velar la ampolleta, y dicen: «Bendita la hora en que Dios nació, santa María que le parió, san Juan que le bautizó. La guarda es tomada; la ampolleta muele; buen viaje harémos, si Dios quisiere.» Cuando acaba de pasar el arena del ampolleta, dice el paje que vela: «Buena es la que va, mejor es la que viene, una es pasada y en dos muele; más molerá, si Dios quisiere; cuenta y pasa, que buen viaje fazá; ah de proa, alerta, buena guardia.» Y los de proa responden con un grito ó gruñido, dando á entender que no duermen. Y á cada ampolleta que pasa, que dura media hora, hacen otro tanto hasta la mañana. Allá á la media noche el paje llama á los que han de venir á velar el cuarto que comienza de allí á la mañana, y dice: «Al cuarto, al cuarto, señores marineros de buena parte; al cuarto, al cuarto en buen hora de la guardia del señor piloto, que ya es hora; leva, leva, leva.» Hasta esta hora todos velamos, empero de ahí adelante los párpados no se pueden tener; abrázanse las pestañas, y cada uno se aplica á la parte que tiene señalada para su re-

cogimiento. Yo me metí en mi tabuco con mi gente, y nuestro dormir era dormir al són del agua que rompía el navío. Todos íbamos meciéndonos como en hamacas, que el que entra en navío, aunque sea de cien años, le han de mecer en cuna; y á ratos de tal manera, que rueda la cuna y cunas y arcas sobre él.

De esta manera navegamos solos sin otra compañía seis días. Porque otras ocho naos que salieron con nosotros del puerto de Santa Cruz de la isla de Tenerife, en cuerpo de flota, dejaron de cumplir los mandatos del señor juez de la contratación de Indias, que allí nos despachó, y soltóse cada uno por donde le pareció la primera noche que navegamos. Así que viéndose el hombre en un navío solo, sin ver tierra, sino cielo no sereno y agua, camina por aquellos reinos cerúleos, verdi-negros, de suelo oscuro y espantoso, sin ver si se menea de un lugar ni conocer la stela de un navío, viéndose al parecer siempre rodeado de un mismo horizonte, viendo á la noche lo mismo que vió á la mañana, y hoy lo mismo que ayer, sin ver otra cosa alguna diversa. ¿Qué gusto, qué alivio puede tener en el viaje, ni qué hora le puede dejar el enfado de tal camino y posada?

El caminar por tierra en buena cabalgadura y con buena bolsa es contento; vais un rato por un llano, subis luégo un monte, bajais de allí á un valle, pasais un fresco rio, atravesais una dehesa llena de diversos ganados, alzais los ojos, veis volar diversas aves por el aire, encontráis diversas gentes por el camino, á quien preguntais nuevas de diversas partes; alcanzais dos frailes franciscos con sus bordones en la mano y sus faldas en las cintas, caminando en el asnillo del seráfico, que os saludan con un Deo gracias; ofrecérse-os ha luégo un padre jerónimo en buena mula andadora con estribos de palo en los piés, y otros mejores en las alforjas de bota de buen vino y pedazo de jamon fino. No os faltará un agradable encuentro de una fresca labradorcita, que va á la villa oliendo á poleo y to-millo salsero; á quien digais: «Amores, ¿quereis compañía?» Ni aún dejais de encontrar una puta rebozada con su zapatico corriendo sangre, sentada en un mulo de recuero, y su rufian á talon tras ella. Ofrecérse-os un villano que os vende una hermosa liebre, que trae muerta con toda su sangre dentro para la lebrada, y un cazador de quien comprais un par de buenas perdices. Descubris el pueblo donde vais á comer ó á hacer jornada, y aliviáse-os con su vista el cansancio. Si hoy llegais á una aldea donde hallaréis mal de comer, mañana os veréis en una ciudad que tiene copiosísima y regalada plaza. Si un día comeis en una venta donde el ventero cari-acuchillado, experto en la seguida y ejercitado en lo de rapapelo, y ahora cuadrillero de la Santa Hermandad, os vende gato por liebre, el macho por carnero, la cecina de rocin por de vaca, y el vinagre aguado por vino puro; á la noche cenais en casa de otro huésped, donde os dan el pan por pan y el vino por vino. Si hoy haceis noche en

casa de huéspeda vieja, sucia, rijosa y desgraciada y mezquina; mañana se os ofrece mejorada suerte, y caéis con huéspeda moza, limpia y regocijada, graciosa, liberal, de buen parecer y mucha piedad; con que olvidais hoy el mal hospedaje de ayer. Mas en la mar no hay esperar que el camino, ni la posada, ni el huésped se mejore; antes cada día es todo peor, y más enfadoso con el aumento de trabajos de la navegación y falta de matalotaje que va decreciendo, y siempre más enfadando.

Yendo pues así solos llegó el primer sábado, en que á la hora de la oracion se hizo una solemne fiesta en nuestra ciudad de una salve y letanía cantada á muchas voces; y ántes que se comenzase el oficio, estando puesto un altar con imágenes y velas encendidas, el maestre en voz alta dijo: «¿Somos aquí todos?» y respondió la gente marina: «Dios sea con nosotros.» Replica el maestre: «Salve digamos, que buen viaje hagamos; salve dirémos, que buen viaje harémos.» Luégo se comienza la salve, y todos somos cantores, todos hacemos de garganta. No fuimos en nuestro canto por terceras, quintas ni octavas, sino cantando á un tiempo todos ocho tonos y más otros medios tonos y cuartas. Porque como los marineros son amigos de divisiones, y dividieron los cuatro vientos en treinta y dos, así los ocho tonos de la música los tienen repartidos en otros treinta y dos tonos diversos, perversos, resonantes y muy disonantes; de manera que hacíamos este día en el canto de la salve y letanía una tormenta de huracanes de música, que si Dios y su gloriosa Madre, y los Santos á quien rogamos, miráran á nuestros tonos y voces, y no á nuestros corazones y espíritus, no nos conviniera pedir misericordia con tanto desconcierto de alaridos. Acabada la salve y letanía dijo el maestre, que es allí el preste: «Digamos todos un credo á honra y honor de los bienaventurados apóstoles, que rueguen á nuestro Señor Jesucristo nos dé buen viaje.» Luégo dicen el credo todos los que le creen. Luégo dice un paje que es allí monacillo: «Digamos una Ave María por el navío y compañía»; responden otros pajes: «Sea bien venida», y luégo rezamos todos el Ave María. Despues dicen los muchachos levantándose: «Amén; y Dios nos dé buenas noches», etc. Y con esto se acaba la celebracion de este día, que es la ordinaria de cada sábado.

Otro día domingo por la mañana descubrimos y conocimos nuestra almiranta, la cual asimismo conoció nuestra nao que era su capitana; y con mucho contento nos juntamos y venimos más de quince días en compañía; al cabo de los cuales, una mañana subió el marinero á la gabia á descubrir la mar y dijo: «una vela», con que nos alteró mucho, porque aunque sea un barquillo, por la mar le temen los que no van de armada, sospechando que son corsarios. Luégo dijo el marinero: «dos velas»; con que dobló nuestro miedo. Luégo dijo: «tres velas»; con que hizo soltar más de tres tiros de olor, teniendo por cierto que eran de ladrones. Yo, que llevaba allí todo mi resto de mujer é hijos, considere vmd. qué

sentiria. Comienzo á dar prisa al conde-estable que aprestase la artillería; no parecian las cámaras de los vesos y pasamuros; aprestóse la artillería; hizo muestra de armas; comienzan las mujeres á levantar alaridos: «¿Quién nos metió aquí, amargas de nosotras? ¿Quién nos engañó para entrar en este mar?» Los que llevaban dinero ó joyas acudian á esconderlos por las cuadernas y ligazon y escondrijos del navío. Repartímonos todos con nuestras armas en los puestos más convenientes, que no tenía jareta la nao, y las mismas prevenciones habian hecho en la almiranta, con ánimo todos de defendernos; porque los tres navíos se venian acercando á nosotros, que parece traian nuestra derrota. Uno de los cuales era bien grande, aunque á los marineros se hizo tanto mayor, que unos decian: «Éste es el galion de Florencia»; otros: «Antes parece el Bucintoro de Venecia»; otros: «No es sino la Miñona de Inglaterra»; y otros decian: «Parece el Cagafofo de Portugal.» Mas acercándose más ellos, que aunque eran tres no venian ménos temerosos, nos conocieron, y luégo nosotros conocimos las velas que eran de amigos, porque eran navíos de los de nuestra flota. El placer presente igualó al pesar pasado, sino que allí el mar nos dió á beber otro de sus tragos. Porque arribando el navío grande sobre nosotros por saludarnos de cerca, se descuidaron los que gobernaban de manera que por poco nos quitáran la salud y las vidas. Porque nos embistió con el espolon por la popa, y hizo en nuestra ciudad una batería, por la cual comenzó á meterse la muchedumbre del mar de tal manera, que si la gente no acudiera á la resistencia, fuera nuestra ciudad tomada de las aguas ántes de una hora. Mas quiso Dios que se remedió con no poca alteracion de doña Catalina, que estaba alojada en aquel cuartel. Y acabadas las alteraciones de las lenguas, aunque no las de los corazones, se lavó todo el temor con agua salada, porque no oliese mal, y nos saludamos todos con mucha alegría y contento; y los tres navíos volvieron á prometer la conserva de la capitana y almiranta. Arbolamos luégo bandera de capitana en el mastelero de la gabia mayor, y pusimos arco en la popa, y hacíamos nuestro farol de noche; llegábnos las naos á saludar por sotavento, é iba todo el negocio de ahí adelante con mucho orden. Y el estilo de saludarse á las mañanas unos navíos á otros es á voz en grito, al són del chiflo, diciendo: «Buen viaje»; á tan buen tono, que, para perder la salud, y aquel buen viaje que se dan, que oírle un día basta para hacer malo el viaje de un año.

Así navegamos con viento galerno otros cuatro días, hasta que ya el piloto y gente marina comenzó á oler y barruntar la tierra como los asnos al verde. A estos tiempos es de ver al piloto tomar la estrella, verle tomar la ballestilla, poner la sonaja y asestar al Norte, y al cabo dar 3.000 ó 4.000 leguas de él; verle despues tomar al mediodía el astrolabio en la mano, alzar los ojos al sol, procurar que éntre por las puertas de su astrolabio, y cómo no lo puede acabar con él; y verle mirar luégo su regi-

miento; y en fin, echar su bajo juicio á monton sobre la altura del sol. Y cómo á las veces le sube tanto, que se sube mil grados sobre él. Y otras veces cae tan rastro, que no llega allá con mil años; y sobre todo me fatigaba ver aquel secreto que quieren tener con los pasajeros del grado ó punto que toman; y de las leguas que les parece que el navío ha singlado; aunque despues que entendi la causa, que es porque ven que nunca dan en el blanco ni lo entienden, tuve paciencia viendo que tienen razon de no manifestar los aviesos de su desatinada puntería; porque toman la altura á un poco más ó ménos; y espacio de una cabeza de alfiler en su instrumento os hará dar más de quinientas leguas de yerro en el juicio. Tómame este tino. ¡Oh cómo muestra Dios su omnipotencia en haber puesto esta sutil y tan importante arte del marear en juicios tan botos y manos tan groseras como las de estos pilotos! Qué es verlos preguntar unos á otros: «¿cuántos grados ha tomado vmd.?» Uno dice: «dieziseis.» Otro: «veinte escasos.» Y otro: «trece y medio.» Luégo se preguntan: «¿Cómo se halla vmd. con la tierra?» Uno dice: «Yo me hallo cuarenta leguas de tierra.» Otro: «Yo ciento cincuenta.» Otro dice: «Yo me hallé esta mañana noventa y dos leguas»; y sean tres ó sean trescientas, ninguno ha de conformar con el otro ni con la verdad.

Oyendo estos vanos y varios juicios de los pilotos y maestros y de algunos marineros que presumen de bachilleres en el arte, venimos, hasta que á los veintiseis días de nuestra navegacion fué Dios servido que vimos tierra. ¡Oh cuánto mejor parece la tierra desde el mar que el mar desde la tierra! Vimos á la Deseada, y qué deseada, á la Antigua, y desembocamos por entre las dos, dejando á la Deseada á la parte del Leste; y pasó nuestro deseo adelante, y apareciéosenos á barlovento Santa Cruz. Fuimos casi á luengo de tierra de ella; luégo alcanzamos á San Juan de Puerto-Rico, perlongamos su costa é hicimos resguardo en cabo-Bermejo, porque se suelen esconder allí ladrones. Fuimos de allí á reconocer á la Mona y los Monitos, aunque de mucho atras los traíamos reconocidos y reconocímoslos. Pasamos en demanda de la isla de Santa Catalina, y hallámosla, y descubrimos la Saona, y tierra del bendito santo que nos dió gozo tanto, tanto, tanto. Todo esto no se hizo sin muy copiosos aguaceros que nos mojaban y remojaban. Mas todo le teníamos por tortas y pan pintado, no viendo los huracanes que temíamos.

Con el gozo de verse con la tierra que demandáramos, se descuidó un poco el señor piloto teniente del viento y subdelegado, el que traía la rienda del dicho caballo de madera, y comenzó á descaer el navío del puerto, hasta que dando bordos se volvió á poner en la carrera. Lo cual fué causa que no podimos entrar aquel día por la boca del rio de Santo Domingo por ser ya noche. Y así convino entrar con la sonda en la mano á ponernos en lugar seguro; porque fuera necedad haber nadado y nadado, y ahogar á la orilla. Echáronse dos áncoras y buenas

amarras, con que el navío quedó (Dios mediante) seguro. Y quedámonos aquella noche en el agua, sin que yo consintiese saltar á nadie en tierra, porque no se supiese que yo estaba allí; que cierto fué la más larga y trabajosa noche del viaje todo. Porque el navío estuvo siempre arfando, y nuestros estómagos como el primer día que nos embarcamos. Y acerca de los trabajos y peligros del mar no tengo más que decir, sino que todo lo dicho pasa cuando se lleva viento en popa y mar bonanza; considere vmd. qué será cuando hay borrascas de mar ó cosarics, y más si vienen fortunas ó tormentas. En resolucion la tierra para los hombres, y el mar para los peces.

Otro día al amanecer viera vmd. en nuestra ciudad abrir cajas á mucha prisa, sacar camisas limpias y vestidos nuevos, ponerse toda la gente tan galana y lucida, en especial algunas de las damas de nuestro pueblo que salieron debajo de cubierta, digo debajo de cubierta de blanco soliman, y resplandor y finísimo color de cochinilla, y tan bien tocadas, rizadas, engrifadas y repulgadas, que parecian nictas de las que eran en alta mar.

Salió el maestre á tierra y un criado mio con quien envié un recaudo al señor Presidente. Y luégo comenzaron á acudir barcos á nuestro navío, y porque no había tiempo para entrar la nao sino atoando, yo y mi familia nos metimos en un barco que nos trajeron aderezado. Y salimos á la deseada tierra y ciudad de Santo Domingo, donde fuimos bien recibidos, y habiendo descansado dos ó tres días, se me dió la posesion de mi silla, donde quedo sentado para hasta que Dios quiera, y sin deseo de surcar más el mar, y con deseo de saber que vmd. está en el puesto que merece. Doña Catalina y sus hijos besan á vmd. las manos, y nuestro Señor, etc.

## IV.

Carta escrita al muy ilustre señor don Juan Hurtado de Mendoza (1), señor de la villa de Fresno de Torote, en que se trata de los Cata-  
rribas.

Por una suya me envia vmd. á mandar le escriba el estado de mis negocios, y muy por extenso en qué entiendo y cómo me va en esta córte; y porque (como vmd. sabe) soy siempre obediente á sus mandatos, haré en ésta lo que me manda, y aún más de lo que me envia á mandar. Porque no solamente daré cuenta de mi vida, empero tambien de la de mis amigos, que acá son muchos; porque en los lugares de los trabajos y infortunios se suelen de ordinario ligar amistades entre aquellos que los padecen.

Yo salí de mi casa cinco meses há para venir á esta córte, que acorta á los largos de moneda, y aún

(1) Fué natural de esta córte y muy amigo del autor. Escribió: *Buen placer trobado en trece discantes de quarta rima castellana*, Alcalá, por Joan de Brocar, 1550, 8.º; y otro libro de poesia, intitulado *El Tragitriunpho*, que tambien se imprimió en Alcalá. Pero es preciso no confundirle, como hizo el señor Gallardo, con otro don Juan Hurtado de Mendoza, granadino, que veinte y siete años despues dió á luz *El cavallero cristiano, en metro*; Antequera, por Andres Lobato, 1577, 8.º